

Sí, ella, la Mujer, la augusta Virgen, la Santa, la inmaculada María, es la que sostiene la lucha, porque ha puesto en ella el Altísimo sus ojos, y habiendo visto su humildad la ha engrandecido y dádole su propia virtud, su propio poder, á fin de hacerla invencible; porque en el instante que ella sucumbiera, sería la Iglesia católica, el mismo Dios sería quien hubiese sucumbido.

Así, señores, la causa de la Iglesia es en tal manera la causa de la Virgen Madre, que no puede minar el ángel malo los cimientos de aquella, sino comenzando por dirigir sus tiros contra ésta, y por eso ha pretendido y pretenderá siempre despojarla del gran beneficio de la Concepción Inmaculada, dogma fundamental, en que apoyándose la maternidad divina de María, vemos zanjados en ésta, como en firme roca, los intereses de la Iglesia católica. Identificada, pues, la causa de la Iglesia con la de María, los triunfos y las glorias de la una ¿no serán triunfos y glorias de la otra?

SEGUNDA PARTE

Asentadas como están, hermanos míos, las relaciones de trascendencia infinita que unen entre sí á la Madre-Virgen y al Hijo-Dios, y las que unen al par la Madre y el Hijo á la Iglesia católica, nada más consecuente que ver luego y admirar, como un hecho siempre palpitante en todos los siglos del cristianismo, la absoluta fe, el sincerísimo amor, el reverente culto y la perfecta confianza

de la Iglesia católica hácia la Divina Madre de Jesús. La una descansa en la otra con tan perfecta reciprocidad, como que ambas á dos, la Iglesia Madre y la Madre Virgen, estriban sólidamente en la piedra angular de un solo y mismo edificio: el reino de Dios por Jesucristo.

Como Jesucristo Nuestro Señor nació y se alimentó en el regazo de María; como creció sujeto á ella; como hizo su primer milagro público, comenzando á declararse Dios á ruego de ella; como subió al sacrificio acompañado de ella; como derramó su sangre y murió en la Cruz, mientras que ella sufría en su tierno y delicado corazón todo aquel martirio, ofreciéndolo por su parte, como Corredentora, para la expiación de los pecados del mundo; así también la Iglesia, que no es más que el cuerpo místico del Hijo de María, nace, progresa y se perpetúa en el regazo de María por una rigurosa consecuencia del derecho y del hecho. ¿Y no es por esto una verdad tan católica como histórica, que ahí está la verdadera Iglesia de Cristo donde quiera que está la asistencia y el culto de la Divina Madre? ¿Y qué por el contrario, ahí está el error, el engaño vil, donde quiera que por las sugerencias de la serpiente, bajo cualquiera de las formas que su arte inventa, los hombres inícuos, los pretendidos maestros se han levantado contra María, han calumniado á María, y han hecho que á veces, ya que no María en sí, á lo menos en sus sagradas imágenes, sea depuesta del sagrado de los altares y arrojada de los templos?

La Inmaculada Virgen María es como la personificación de la Bondad y Clemencia infinita de Dios, en el sentido de ser la verdadera Madre del Redentor, y está adornada por esto con un poder efficacísimo entre su Hijo-Dios y sus hijos los hombres. ¿Y qué, señores, con este carácter, con esta naturaleza, con estos destinos, creéis por ventura, que pueda ser vencida en la lucha empeñada con ella por el ángel de las tinieblas, por la serpiente antigua? El triunfo y la gloria son de María, porque escrito está que la serpiente le pondrá asechanzas á su calca-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

ñar, pero que ella le quebrantará la cabeza: *Ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. Los triunfos y las glorias de María son infalibles, porque se derivan de la virtud del Altísimo: *Fecit mihi magna qui potens est*, y el plan y el objeto de estos triunfos miran á la conservación y á la defensa de la Iglesia, contra la cual, escrito está también, que las puertas del infierno no prevalecerán: *Porta inferi non prevalebunt*.

Los triunfos y glorias de la Iglesia son, pues, en verdad, los triunfos y las glorias que, siglo con siglo, año con año, día con día, instante con instante, viene adquiriendo la Virgen Madre, la Inmaculada María.

¡Oh, cuán hermosa eres, y cuán invencible, Iglesia católica, apostólica, romana, que eres con Jesús y con María, una sola y misma cosa, cuyo principio de vida y centro visible contemplo en la virtud que sostiene la Cátedra y el anillo del Pescador, y cuyos trescientos millones de miembros encuentro esparcidos en las diferentes zonas del globo! ¡Oh Pontífice venerable, Sacerdote Sumo, Vicario del Hijo de la Virgen, Cabeza legítima, única, centro de autoridad visible é infalible de la Iglesia, nuestra Santa Madre, qué bien se te vé en toda la redondez de la tierra! ¡Qué bien se te ve desde aquí, desde esta remota y apartada Península, que bañan las azules aguas del indiano Golfo de México y del mar de las Antillas, desde esta Diócesis de Yucatan, la primogénita de todas las que en esta maravillosa region mexicana erigieron tus predecesores! ¡Qué bien se ve tu figura imponente y majestuosa en la altura del Vaticano, en la Cátedra de Pedro, en la roca del Hijo de María, dirigiendo tu voz á todas las iglesias del mundo cristiano! ¡Y qué bien que se miran afuir al pié de tu Cátedra, y al imperio de tu voz, todas las corrientes de vida de la Iglesia universal! ¿Por qué? Porque contigo está la inspiracion del Espíritu Santo, y contigo está en consecuencia, la Purísima Esposa de éste, la siempre Inmaculada Virgen María, la que luchando incesantemente por la Iglesia, la aclama el pueblo fiel co-

mo á verdadera Judit, gloria de Jerusalem, alegría de Israel, honra y prez de la nacion cristiana! *Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri*. (Judit, XV, 10.) Yo te miro, Sacerdote Máximo, Padre Santo, yo miro tu augusta y venerable presencia, tu leda y sagrada frente, y me parece sentir hasta aquí el soplo del Señor que te inspira á tí, que postrado estás á los piés de la Excelsa y vencedora Judit, de la Reina de los cielos y tierra, de la Madre divina de Jesucristo, y oigo que pidiéndole y rogándole por los pueblos todos del mundo, abres, á pesar de las más grandes calamidades que ahora afligen á la Iglesia, instalas y presides el Sacrosanto Eucuménico Concilio, cuyas desiciones son para el mundo fiel decretos soberanos del Altísimo, que disiparán las tinieblas de los peores tiempos que amenazan!

Ya lo veis, señores: Madre-Virgen, Cristo-Dios, Pontífice-Romano; hé aquí las prendas inefables de la esencia íntima de la Iglesia del Señor; constitutivos adheridos, incorporados y asimilados entre sí, de que no puede ser uno tocado sin ser heridos los otros. La Sabiduría Suma, el poder inmenso del Señor, tiene enlazada de tal manera la existencia y la fuerza de vida de su Iglesia con la aparente debilidad de una Mnjer, pero Mujer Omnipotente, sin duda, Mujer sin igual, escogida y bendita entre todas las demás mujeres, que ni el espíritu de la Iglesia puede existir sin estar alentado de esta Mujer, ni esta Mujer divina puede existir sino alentando á la Iglesia. Los triunfos, pues, de la una ¿qué son sino triunfos y glorias de la otra? ¡Oh, bien por Dios! La Serenísima Madre del Cordero es, al par que hermosa y escogida como la luna y el sol, fuerte y terrible como un ejército ordenado en batalla: *Pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordenata*. (Cant., VI. 9.)

Sí, ella se presenta como cuando desfilan con marcial continente las bien ordenadas huestes de un ejército siempre victorioso, pues ella es por quien desde los Cielos comenzaron la lid el arcángel Miguel y los suyos con el ro-

jo dragon de que nos habla el Apocalipsis. Ella es por quien los buenos ángeles alcanzaron cumplida victoria y fué lanzado el dragon á los abismos donde hoy está encadenado, aunque siempre rabioso y rugiente, buscando á quien devorar. Ella á quien por esto ese mismo dragon aborrece de muerte, con tanto más despecho, cuanto que viéndose humillado y vencido, lanzó tras de ella en oleajes de hirvientes y espumosas aguas, el rio de su furor y de su rabia, para que en su corriente fuera llevada y oprimida, pero sin lograr efecto alguno. Porque la tierra se abrió y se sorbió el río, esto es, que los hombres que estando de parte de Satanás se levantan inspirados por él, como las encrespadas olas de un mar tempestuoso, para perseguir á María, para perseguir á la Iglesia, son tan impotentes aquí en la tierra donde se levantan, que la misma tierra se abre y los traga con todos sus proyectos impíos, con todas sus doctrinas emponzoñadas, con todas sus obras diabólicas. Y ¿quién puede dudarle? Llegó á su térmido el reinado de los Herodes con todas sus persecuciones contra la Iglesia naciente, y la Iglesia no cayó, porque estando María de por medio aplastó á la serpiente de la envidia judáica: *Ipsa conteret caput tuum*. Tocó á su fin el imperio de los tiranos de Roma, que, con todos los tormentos que inventó la barbarie, pretendieron aniquilar á la Iglesia haciendo correr como en lagos la sangre de millones de mártires, y la Iglesia no cayó, porque estando María de por medio aplastó á la serpiente de la supersticion pagana: *Ipsa conteret caput tuum*. Acabaron los tan famosos heresiarcas que agitaron en sus cimientos á la Iglesia, y ésta no cayó, porque estando María de por medio aplastó á la serpiente de la herejía: *Ipsa conteret caput tuum*. Acabóse el aura del protestantismo unido y compacto contra la Iglesia, desapareciendo en sus propias variaciones, y reduciéndose á la ceniza de sus sectas microscópicas, y la Iglesia no cayó, porque estando María de por medio aplastó á la serpiente del error: *Ipsa conteret caput tuum*. Llegó, por último, la época de

los filósofos Voltaire y sus discípulos, y en la elacion de su orgullo declararon á boca llena que ya de la Iglesia no quedaba sino solamente el yerto cadáver. Pero murieron Voltaire y sus discípulos, y la Iglesia no murió, y se sostiene enérgica cual nunca, y temible como siempre para los malos, como lo están probando con hechos palpantes los innumerables enemigos que en diferentes partes y con mil y mil pretextos, suscita contra ella la astucia de la serpiente antigua, redoblando la fuerza de sus tiros, multiplicando sus formas y reproduciendo con el atavío de nuevas libreas los antiguos errores. Pero descansad en Dios, ¡oh católicos! que ahora como ayer, y como antes de ayer, la Excelsa Virgen quebrantará la cabeza del dragon en todas sus formas, ora sean supersticiosas ó retrógradas, ora sean racionalistas, científicas, filosóficas ó revolucionarias: *Ipsa conteret caput tuum*.

En estos momentos, señores, en este dia grande y solemne consagrado al culto de la Concepcion Inmaculada de María, esto es, del origen de su derecho y de su virtud contra la serpiente del error y del vicio, la Iglesia como identificada con ella, se reúne en Asamblea, como siempre lo ha hecho en circunstancias análogas, al través de todos los tiempos de su existencia que se mide por siglos, y condenará, aplastando una vez más la cabeza de la serpiente, diciendo anatema á los errores que pretenden minar los cimientos de su místico edificio. *Ipsa conteret caput tuum*.

Dichosos nosotros los miembros sellados de este edificio místico y vivo, de este edificio santo que sostiene y ampara la virtud del Señor, de este edificio eterno en el que encontramos únicamente en él la alegría del alma y el consuelo del corazon á influjo de las divinas virtudes de la fé, de la esperanza y de la caridad.

¡Oh y de cuán grande é inefable consuelo no se inunda, especialmente hoy, el corazon de un católico fiel al penetrarse de los altos misterios, cuyo recuerdo y con-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

templacion nos trae la solemnidad augusta y extraordinaria de este dia!

Señores, la mente inflamada, divinamente electrizada ante los misterios de la Redencion, iniciados y consumados por Dios, en íntima relacion, en tierno y prodigioso enlace con esa dulcísima Doncella, realizacion perfecta del tipo sublime, del magnífico ideal de la epopeya mística del Cantar de los Cantares y del Libro de la Sabiduría; la palabra desmaya, el idioma del hombre es insuficiente, la lengua se queda inmóvil. ¡Qué más he de deciros, á no ser que os hable del mismo corazon que late en fuerza de su dulcísima emocion y religiosa ternura? ¿Qué añadiré, pobre de mí, al magnífico lienzo que la virtud de vuestra acendrada piedad extiende en contemplacion extática ante vuestra mirada? ¿Qué añadiré al cuadro que os formais, rico y sorprendente, de los intereses de la Iglesia católica fundados en los del dogma de la Concepcion Inmaculada de la Virgen María?

Nuestros padres y nuestros abuelos nos han enseñado desde la infancia á ver en la inmaculada Madre de Jesús á la Soberana Reina de los cielos y de la tierra, al verdadero refugio de los pecadores y madre consoladora de los hombres. Y ella, en efecto, por su ternura de Madre y de Protectora nata de la Iglesia, asiste en todas las naciones católicas, dando las pruebas eficaces de su ternura y de su proteccion, en medio de las lágrimas y lamentos, de las pestes, de las hambres, de los terremotos; en medio del fuego y de la sangre, del humo y del polvo de los grandes sacudimientos sociales y de las grandes ruinas. Por eso la nacion mexicana, de que nosotros los yucatecos hemos querido hacer parte, desde que nació á la luz del cristianismo la tiene por su Abogada y Patrona en el misterio de la Concepcion Purísima bajo el célebre título de Guadalupe. Pero ¿qué digo? Muy en particular este tan noble y virtuoso como trabajado pueblo yucateco, levantándose un dia en el primer tercio del siglo XVII (8 de Diciembre de 1618), en la repre-

sentacion de clero, autoridades civiles, políticas y militares, juró y votó con extraordinario entusiasmo, creer, sostener y guardar la doctrina de la Concepcion en gracia, dos siglos y medio antes que en nuestros dias tuviésemos el consuelo de recibir el Decreto Pontificio de la declaracion dogmática; y además votó y juró poco despues, dentro de aquel mismo siglo (23 de Agosto de 1648), por Patrona y Abogada de las provincias de Yucatan y de todas las islas adyacentes de la Península, á esta Excelsa Señora en su imágen venerable del célebre santuario de Izamal, que representa el original divino precisamente en el sentido de la Concepcion Inmaculada. ¡Con cuánta razon dispusieron desde entonces, por voto, las dos Potestades, que de esta capital fueran anualmente al santuario de Izamal las comisiones de uno y otro Cabildo, para presentar, con toda la grandeza y solemnidad posible, á la Augusta Patrona del pueblo yucateco, el tributo de su más rendido homenaje!

Posteriormente nuestra Universidad católica hacia igual juramento por todos sus miembros, habiéndose puesto tambien bajo la proteccion soberana de la misma Santa Virgen en aquel misterio; la Academia de ciencias y literatura de esta ciudad, establecimiento que, como el de la Universidad literaria, por este su carácter público, solemne y oficial de poner la debilidad humana bajo las garantías celestiales de la fe y prácticas religiosas, no es por cierto el de menos grata memoria para todo leal y cristiano yucateco.

Aguardemos, pues, hermanos míos, muy tranquilos el instante postrero de nuestra peregrinacion en la tierra, porque si hemos de proporcionar los actos todos de nuestra vida á la fe santa que profesamos, y á la tierna devoción que nos inspira la figura hermosa y divina, histórica y filosófica de María Inmaculada, iremos al regazo de tan tierna como poderosa Madre, á participar con los títulos de hijos de Dios y de la Iglesia, la felicidad sin término á que somos llamados.

¡Oh Dios, que por la Inmaculada Concepcion de la Santa Virgen preparaste una morada digna de tu Hijo; te rogamos que así como por el sacrificio previsto de tu mismo Hijo preservaste á la Madre de toda mancha, nos concedas por su intercesion, que nosotros seamos limpios y merezcamos llegar á tí! Así sea por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

SERMON SOBRE LA DECLARACION DOGMATICA

DE LA

Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen María
MADRE DE DIOS

PREDICADO

EL DIA 17 DE JUNIO DE 1855

POR EL

PADRE DON GIL ALAMAN

*Presbítero de la Congregacion del Oratorio
de San Felipe Neri, de México*

Paracletus Spiritus Sanctus, quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia, quaequumque dixerit vobis.

El Espíritu Santo consolador, que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las que yo os he dicho.

Evangelio segun San Juan, XIV, 26.

Está cumplida la promesa: la Iglesia católica ha recibido un Espíritu de verdad y de consuelo, que durante la larga peregrinacion sobre la tierra, de esta Esposa santa del Cordero, le da contra cada nuevo enemigo, nuevas armas; en cada peligro, un poderoso auxilio; en cada afliccion, un consuelo; y contra cada error, una ver-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.